





Batalla del 5 de Mayo de 1862

Ante el regocijo nacional, cuando muchos de los vencedores bajaron a la tumba, cuando van faltando labios que refieran las heroicas acciones de los compatriotas, los hechos esforzados de los compañeros y, cuando la mano del tiempo parece que empaña el brillo de los episodios, nosotros volvemos la cara atrás y recorremos el camino floreciente del recuerdo.

Antes de hacer un ensayo descriptivo de la jornada del 5 de Mayo de 1862, trazaremos brevemente la situación del ejército mexicano, en aquellos días aciagos para la Patria, y de gloriosas pruebas para la República.

La paz y la confianza que a México inspiraban los tratados de la Soledad, después que las tropas inglesas y españolas dejaron nuestras playas, hicieron que el Ejército de Oriente abandonara sus posesiones de defensa, y cediera a los veteranos de la Francia el terreno y el más salubre clima de la zona, mientras calmaba la epidemia que sufrían, y, repuestos de salud, efectuaban su reembarque para Europa.

Las promesas de la paz y la pacífica actitud de los franceses, aseguraban a México que no tenía enemigo que batir, y en tal virtud, se descuidó la organización de las reservas, y se licenció una parte del Ejército de Oriente, hasta dejarlo reducido a nueve mil trescientos hombres.

Rotos los tratados de la Soledad por los servidores y soldados del Emperador francés, nuestros batallones tuvieron que defenderse en las cumbres de Acultzingo, y recibir con esto una sorpresa, porque nadie esperaba un alevoso ataque ni presumía una escandalosa deslealtad.

En ese combate inesperado, pudo el genio perspicaz del General Ignacio Zaragoza, conocer la táctica del enemigo, su manera de atacar y lo ventajoso de sus armas.

El 28 de abril de 1862, organizó su retirada a la capital de Puebla, después de haber sufrido pérdidas considerables en el ejército de que era Jefe, y haber quedado herido en el combate el General José María Arteaga. Aquella retirada tuvo sus dificultades, porque el enemigo se hallaba en posesión de un largo trayecto del camino, y una y dos veces la Brigada del Gral. Miguel Negrete, empuñó acciones vigorosas hasta rechazar a los franceses y hacer posible el paso. En este combate nuevas pérdidas se lamentaron: pero la marcha se efectuó, salvándose el 20. Batallón activo de Puebla, que mandaba el Corl. Manuel Andrade Parraga, el cual cubría la retaguardia y fué dos veces cortado por el enemigo.

Del 10. al 2 de mayo, llegaron nuestras tropas a la capital de Puebla, y el día 3 quedaron repuestas de sus bajas en la retirada de Acultzingo.

El ejército francés avanzaba sobre Puebla sin interrumpir su marcha, lo mismo Dn. Leonardo Márquez, Tavera, Cobos, Taboada y otros militares traidores a la Patria, capitaneando a siete mil quinientos renegados que proclamando RELIGION Y FUEROS, hacían causa común con Napoleón III, y se ponían a ocho leguas de distancia por el Sur de la ciudad para amenazar también al desmembrado ejército de la República.

En tan supremos instantes para la nación, en tan profunda crisis para nuestras tropas, cuando por todas partes no había más que peligros, desventajas y traiciones, el impacible Zaragoza, haciendo un poderoso esfuerzo, mandó una Brigada de tres mil ochocientos hombres a las órdenes del Gral. O'Horan para que atacara a Márquez y contuviera sus avances por la vía de Atlixco.

En dicha Brigada iban los mejores cuerpos de Caballería al mando de los Generales Rafael Cuéllar y Antonio Carbajal, así como las mejores guerrillas, organizadas esos días para la defensa nacional.

Zaragoza quedó en Puebla con cinco mil quinientos hombres, y con ese puñado de valientes se dispuso a resistir a seis mil cuatrocientos y tantos enemigos que por de pronto lo atacaban, y a los que no quiso esperar tras de los muros de dicha capital.

La victoria estaba en duda, y sólo la fuerza del derecho, la confianza en la justicia y el valor en aras del martirio, conservaban serenas las frentes de nuestros soldados, preparando una sangrienta lucha con los vencedores de Crimea.

El día 4 de mayo, quedó improvisada en la ciudad una ligera fortificación de madera y tierra, y en el cerro de Guadalupe se levantaron provisionales parapetos y se abrieron fosos.

La gente colectada que había engrosado nuestros batallones el día anterior, hacía ejercicio en las plazuelas y cuarteles, y medio aprendía el mecanismo de las armas.

Las maestranzas trabajaban prodigiosamente improvisando municiones, y puede asegurarse que el pequeño ejército y su Gral. en Jefe, no durmieron esa noche, porque el enemigo estaba a legua y media de distancia, y el asalto era un temor fundado.

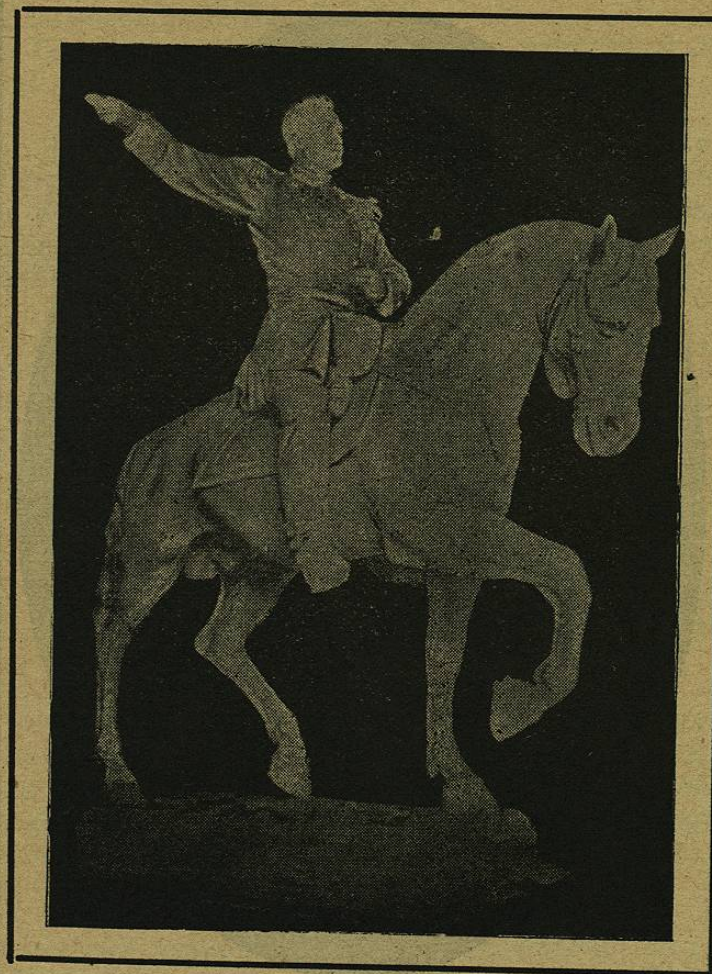
El Gral. Santiago Tapia quedó encargado del mando de la plaza, y Zaragoza con la mayor parte de los Cuerpos se puso a extramuros de la ciudad por el lado del Oriente.

Esta era la situación de nuestro Ejército cuando estaba frente a un enemigo superior, con recursos y armas ventajosas, pero esa superioridad y esa ventaja no preocuparon un instante, a los que al defender los derechos de su Patria, defendían también los derechos naturales y políticos de las naciones del Nuevo Continente, hollados indirecta y temerariamente por el déspota del Sena.

II

El día 5 de Mayo, a la primera luz del sol, el enemigo tendía su campo cerca del cerro de Amalúcan, distante tres cuartos de legua de la capital. Su ataque era seguro.

La Brigada de Toluca, compuesta de tres cuerpos ligeros al mando del Gral. Felipe Berriozábal, estaba



GRAL. IGNACIO ZARAGOZA

Jefe del Ejército de Oriente en la Batalla del 5 de Mayo. La Importancia del Triunfo y sus Consecuencias Internacionales, Valoraron el Concepto Integral de Nuestra Nacionalidad